

---

## Crítica literaria feminista

Hortensia Moreno

La “crítica literaria feminista” no es un discurso ni nuevo ni homogéneo ni autónomo. Si lo metemos en una sola definición es por razones de simplicidad. Desde la simplicidad podemos imaginarnos que todo ese discurso se integra no a partir de una búsqueda común, sino de un común universo de acción para la búsqueda. El universo de inquisición es el espacio privilegiado de la literatura, campo de análisis primordial para el feminismo por ser uno de los puntos donde presumiblemente se articula, se manifiesta o se elabora una fracción muy importante de nuestro “orden simbólico”.

Por ello no es sorprendente que muchos de los textos más radicales del feminismo de este siglo sean, precisamente, de “crítica literaria”: los obras ya clásicas de Virginia Woolf, Simone de Beauvoir y Kate Millet organizan una buena parte de sus argumentos a partir de una reflexión sobre la literatura; y no hace falta forzar mucho los datos para encontrar ese mismo tipo de razonamiento —aunque esta vez aplicado a la literatura popular, y no a la “gran literatura”— en Betty Friedan.

A partir de ellas, la producción feminista en este terreno es inmensa, y por lo menos tan importante como la que se ha desarrollado en otras disciplinas igualmente necesarias para el avance de lo que, a últimas fechas, hemos llamado —a falta de una mejor denominación— los “estudios de género”.<sup>1</sup>

La historia de la “crítica literaria feminista” corre pues de manera paralela con el movimiento feminista, y pasa por los mismos momentos de definición/indefinición y por todos los desafíos que caracterizan un proceso de discusión cuyos hilos conductores tienen

---

<sup>1</sup> Véase Toril Moi, *Teoría literaria feminista*, Ed. Cátedra, Madrid, 1988.

más que ver con el planteamiento de preguntas que con la obtención de respuestas definitivas.

La literatura ha sido en este camino una guía de gran utilidad; algunas críticas la han tomado como una fuente de acceso al conocimiento pues consideran que el valor de lo literario para la vida humana tiene que ver con su capacidad para modelar nuestra experiencia, para atribuir al universo una imagen sin la cual no podríamos captarlo, que regula y dirige nuestros códigos de comunicación.

En la literatura se recogen los datos de la intimidad, de lo que ocurre detrás de las cuatro paredes que configuran el "mundo privado" dentro del cual se confina a las mujeres. Para este tipo de análisis feminista, no importa si ese mundo recreado en la literatura es una ficción "realista" o completamente inventada; de lo que se trata es de recuperar los aspectos simbólicos que se despliegan en el espejo distorsionante de la novela, el relato, el drama o el poema.

En la literatura se recogen los datos de la intimidad, de lo que ocurre detrás de las cuatro paredes que configuran el "mundo privado" dentro del cual se confina a las mujeres. Para este tipo de análisis feminista, no importa si ese mundo recreado en la literatura es una ficción "realista" o no; de lo que se trata es de recuperar los aspectos simbólicos que se despliegan en el espejo distorsionante de la novela, el relato, el drama o el poema.

Desde este punto de vista, la literatura es ordenación, interpretación y articulación de la experiencia; exploración de los límites de lo inteligible; y al destacar en primer plano lo que suele darse por supuesto, les ha permitido ilustrar y elaborar la crítica de la vida cotidiana y les ha proporcionado elementos para explicar el origen de la opresión de las mujeres.

Desde luego, el debate sobre la igualdad y la diferencia también se libra en este espacio. De manera muy esquemática podríamos decir que esta discusión ha dado como resultado, en la "crítica literaria feminista", dos enfoques igualmente fértiles para la reflexión acerca de la condición de las mujeres.

Por un lado está el enfoque que se pregunta por una "escritura femenina" y pugna por diferenciarla, por indicar sus marcas y caracteres específicos, sus orígenes y los cauces en que fluye; para contestar esa interrogante, trata de conectar de manera casi directa la experiencia vital con la literatura, y para lograrlo se atiene a la situación concre-

ta de las escritoras, a las posibilidades y obstáculos con que se enfrenta una mujer para poder escribir.

Este tipo de crítica se pregunta por la producción literaria —muchas veces desde una perspectiva esencialista— pues sospecha que el hecho de ser mujer tiene que determinarla de una manera específica. El resultado de esta indagación nos entrega estudios que tratan de explicar la literatura en función de la biografía.

Por el otro lado está el esfuerzo de comprender el asunto de la diferencia sexual como un problema lingüístico, semiótico, discursivo. Aquí, los sistemas de género se entienden como procesos de construcción de sentido. Esta perspectiva se pregunta por la transformación, en la escritura, del dato biológico de la diferencia sexual en el dato cultural que nos da, en la literatura, situaciones, juicios y personajes masculinos o femeninos; trata de hacer una definición de lo específico femenino/masculino y considera la diferencia sexual un valor móvil, dentro de un horizonte de transformación y metamorfosis de los valores.<sup>2</sup>

Como el conjunto del discurso feminista, la “crítica literaria” es, sobre todo, una reflexión sobre el poder: sobre el control de los cuerpos propios y ajenos; y trata de analizar las creencias, conocimientos y prohibiciones que producen y reproducen a las personas reales dentro de un universo de símbolos que organizan las vivencias de la diferencia sexual. Por lo tanto, se trata de una reflexión con una intencionalidad política: no se trata tan sólo de explicar el mundo, sino de cambiarlo.

Tal vez por eso no les gusta a los académicos convencionales de la “crítica literaria” prescriptiva, que se encargan de dictaminar eruditamente para la sociedad los méritos de las obras literarias, no sin antes colocar a la literatura en una especie de “vacío social” donde lo que cuenta es la autoridad, y de lo que se trata es de explicar “el mensaje del autor” y de evaluar sus logros. A este tipo de discurso no le puede parecer muy apropiado que el feminismo vulnere la autonomía estética de las obras literarias —y del “arte superior”, pues la crítica literaria feminista sirve de modelo a y desemboca en una crítica mucho más amplia del conjunto de la cultura— y se empeñe en tratar de destazar-

---

<sup>2</sup> Véase Giulia Colaizzi (ed.), *Feminismo y teoría del discurso*, Ed. Cátedra, Madrid, 1990.

las desde las perspectivas más bien heterodoxas del psicoanálisis, la antropología, la semiótica, la filosofía política o la historia.

Por ello, la "crítica literaria feminista" se ha identificado más que con el discurso académico, institucional y consagrado, con los discursos alternativos, marginales y excluidos, que, también a falta de una denominación más adecuada, llamamos el posmodernismo o postestructuralismo.<sup>3</sup> El elemento común con estos discursos es que el feminismo también pone en cuestión la voluntad de universalidad y totalidad implícita en la concepción del sujeto cartesiano. De esta manera, el feminismo se conecta con pensamientos como los que Paul Ricoeur llama "la escuela de la sospecha"<sup>4</sup> y con autores como Marx, Freud, Barthes, Foucault o Kristeva.

Como en un importante grupo de filosofías del siglo XX, en el feminismo se vuelven muy evidentes los límites del significado del concepto "sujeto" manejado por el lenguaje de la filosofía europea de Descartes a Hegel. El feminismo ha participado del progresivo cuestionamiento de la forma dominante de la racionalidad y de las premisas de los modos de pensar de la Ilustración. Lo que se pone en cuestión es "la idea de una naturaleza humana universal o de un canon universal de racionalidad a través del cual la naturaleza humana podría ser conocida, así como también la concepción tradicional de verdad".<sup>5</sup>

Por un lado, la "crisis del sujeto", en el ámbito específico de la crítica literaria, vuelve relevante, a la hora de entender el significado de un concepto, la situación o punto de partida de quien establece un argumento. El sujeto, atravesado por las determinaciones que lo configuran histórica, política, económica, social, genéricamente, ya no puede hablar desde una posición absoluta, sino desde su experiencia particular. Un texto sólo existe en el proceso histórico de sus concretizaciones; y de esta manera, el conocimiento siempre es conocimiento a partir de un lugar determinado.

---

<sup>3</sup> Para una exposición detallada de este problema, véase Jonathan Culler, *Sobre la deconstrucción*, Ed. Cátedra, Madrid, 1982, trad. de Luis Cremades, sobre todo el párrafo "Leyendo como una mujer", pp. 43-61. Véase también "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical", de Chantal Mouffe, en *debate feminista*, año 4, vol. 7, marzo de 1993, pp. 3-26.

<sup>4</sup> Cf. Paul Ricoeur, *Freud: una crítica de la cultura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

<sup>5</sup> Mouffe, *op. cit.*, p. 4.

Por el otro, conduce a una revaloración del papel del lector. Los críticos desconstruccionistas han explicado este desplazamiento como un intento por describir la producción social de sentido. A partir de los hallazgos de la teoría de la recepción, ponen el acento en la función del lector; desde esta perspectiva, escribir y leer representan dos partes de un mismo proceso; quien lee, rellena huecos, da concreción y determina los lugares de indeterminación.<sup>6</sup>

El texto alcanza su existencia a través del trabajo de constitución de una conciencia que lo recibe: la obra es el texto constituido en la conciencia del lector. Por tanto, la obra es una construcción intertextual, es decir, la confluencia —constelación— de varios discursos culturales en los que la obra se difunde para hacerse inteligible. Aquí, el lector desempeña un papel decisivo como “centrador”: es el “lugar hacia donde se orienta esa multiplicidad”,<sup>7</sup> y las obras literarias son una sucesión de acciones en la comprensión del lector.

De esta manera, la comunicación surge porque una persona no puede experimentar lo que les sucede a las otras personas. No hay comunicación a partir de una “situación común” ni a partir de las convenciones que unen a dos interlocutores: las situaciones y convenciones solamente regulan la manera como se van llenando los huecos que surgen a causa de la imposibilidad de vivenciar la experiencia del otro y, por lo tanto, su función es promover la comunicación. Pero son los huecos, la fundamental asimetría entre texto y lector, los que provocan la comunicación en el proceso de lectura.

La crítica literaria siempre ha sido parte fundamental de un proceso de comunicación: el que se establece entre el escritor y sus lectores. Para la literatura, esta respuesta a los textos es absolutamente vital. La conciencia posmoderna lo único que hace es subrayar la necesidad de ese diálogo interminable cuyo resultado es la producción permanente de nuevos significados, ninguno de los cuales puede considerarse una verdad definitiva:

El *juego* entre la lectura y la escritura es una *intervención* sobre el texto, el acto de implantación de falsos paralelismos, de analogías aparentes suscitadas por rasgos de escritura, que hacen surgir una trama de trazos vacíos sobre los textos, priva

---

<sup>6</sup> Véase Dietrich Rall (comp.), *En busca del texto*, ISSUNAM, México, 1987.

<sup>7</sup> Culler, *op. cit.*

de su reposo a las significaciones plenas que hacen de la legibilidad un saber o una verdad.<sup>8</sup>

Lo que aporta el feminismo es una mirada diferente. La crítica, como toma de conciencia del carácter discursivo de la realidad, “desconstruye” los discursos dominantes no tanto en función de lo que recogen, sino en función de lo que suprimen, consignan, reprimen, marginan. “Leer como mujer” implica una continuidad de la experiencia de las mujeres con la experiencia de la lectura de las mujeres<sup>9</sup> e introduce la posibilidad de que exista autoridad en la experiencia. De esta manera, contraponen el punto de vista femenino al masculino. En esta contraposición aparece una duda sobre la existencia de fantasías comunes.

Esta duda se despliega sobre los modos de representar, sobre las formas características de la subjetividad. Al “generizar” la noción de sujeto, y por lo tanto la noción de “lector(a)” —es decir, al analizar los procesos que conforman y construyen la identidad—, el feminismo trasciende los límites de la cultura y del lenguaje en constelaciones fluctuantes: la relación de las mujeres con el sentido no es total.

Esta sección sobre crítica literaria feminista nos fue sugerida por Irenne García. Coincidimos con ella en que era necesario ofrecer un panorama sobre este tema en *debate feminista*, y comenzamos a trabajar con la primera propuesta que nos hizo de una selección de autoras y de textos. Después de varios meses de trabajo, y algunas modificaciones a la propuesta original, el resultado es la muestra que presentamos en esta sección.

---

<sup>8</sup> Raymundo Mier, “Incidencias: el desconstruccionismo en juego”, en *Acta Poética*, IIF-UNAM, primavera-otoño de 1989, pp. 207-256.

<sup>9</sup> Cf. Culler, *op. cit.*